

chas. Espantaban al notario la perspicacia y la dureza de corazón de Sara, que siendo madre, no se había enternecido hablando de su hija, y sólo pareció sentir su muerte como la pérdida de un elemento para sus propósitos. Seme-



Si nos hacemos la guerra será encarnizada.

jantes caracteres son inexorables en sus planes y en sus venganzas. Con el deseo de ganar tiempo para evitar este peligroso golpe, Ferrán dijo friamente á Sara : Me habéis pedido que reflexione hasta mañana á mediodía, y yo soy quien os

da tiempo hasta mañana para renunciar á un proyecto cuya trascendencia no habéis calculado. Si hasta entonces no recibo carta vuestra, diciéndome que desistís de tan desatinada y criminal empresa, os haré ver á costa vuestra que la justicia protege á los hombres honrados que se niegan á tomar parte en tales intrigas, y que puede alcanzar á los fautores de tan abominables tramas.

— Esto significa, señor mío, que me pedís un día más á fin de meditar mis proposiciones : es una buena señal, y os lo concedo. Pasado mañana á la misma hora de hoy, vendré, y se decidirá entre nosotros la paz ó la guerra, pero os lo repito, si nos hacemos la guerra, será encarnizada, sin compasión, sin tregua. Y al decir estas palabras salió Sara de casa del notario.

Todo va á pedir de boca, se decía á sí misma; esa miserable criatura á cuyo favor se inclinaba Rodolfo por mero capricho, y á quien había enviado á la quinta de Bouqueval para convertirla más adelante en su dama, ya no me da cuidado, porque gracias á la Tuerta, me he desembarazado de ella.

La astucia de Rodolfo ha salvado á la marquesa de Harville del lazo en que quise que cayera ; pero es imposible que se libre de la nueva trama que le preparo, y quedará perdida para siempre en el concepto de Rodolfo. Triste entonces, desalentado, privado de todo afecto, tendrá tal disposición de ánimo, que le será muy lisonjero ser víctima de un engaño, al cual con el auxilio del notario daré todas las apariencias de la verdad. Y el notario me ayudará, como yo lo preveía, porque he logrado meterle miedo.

Fácil me será encontrar una joven huérfana, interesante y pobre, que alocionada por mí desempeñe el papel de nuestra hija tan amargamente llorada por Rodolfo : yo conozco su grandeza de alma y la generosidad de su corazón. Sí, para dar un apellido y colocar en alto rango á la que creará hija suya, infeliz hasta ahora y abandonada, reanudará otra vez nuestros vínculos, que yo había creído indisolubles, se realizarán al fin los vaticinios de mi nodriza, y esta vez alcanzaré el constante objeto de mi vida... una corona.

Apenas la condesa salió de la casa de Ferrán, cuando Mr. Carlos Robert bajando de un elegantísimo carruaje entró en ella, y como parroquiano que era se dirigió al gabinete del notario.

## XVIII

CARLOS ROBERT

El comandante, según solía llamarle madama Pipelet, entró sin cumplimientos en el cuarto del notario, á quien encontró de humor sombrío y atrabiliario ; así es que le dijo bruscamente : Yo reservo las tardes para mis clientes, y cuando querráis hablarme, venid por la mañana.

— Se trata, mi querido amigo, de un asunto grave, y además quería tranquilizaros por mí mismo acerca de los temores que podían mortificaros.

— ¿Qué temores?

— ¡Con qué no lo sabéis!

— ¿Pero qué?

— Mi desafío.

— ¿Vuestro desafío?

— Con el duque de Lucenay. ¿Con que lo ignorabais?

— Sí.

— Bah, bah.

— ¿Y por qué?

— Una cuestión muy importante: que exigía sangre. Figuraos que en plena embajada se atrevió á decirme cara á cara que yo tenía muermo.

— ¿Qué teníais que?

— Muermo, mi querido amigo, enfermedad que no puede ser más ridícula.

— ¿Y por eso os habéis batido?

— ¿Y por qué diablos queréis pues que uno se bata? ¿Creéis que uno puede oír tranquilamente que le digan que tiene muermos? con la añadidura de suceder esto delante de una mujer encantadora, delante de uno marquesita que... en fin... la cosa no podía quedar así.

— Seguramente.

— Nosotros los militares siempre estamos dispuestos á tirar de la espada. Mis padrinos fueron antes de ayer á conferenciar con los del duque: yo había fijado la cuestión de un modo muy sencillo: desafío ó retractación.

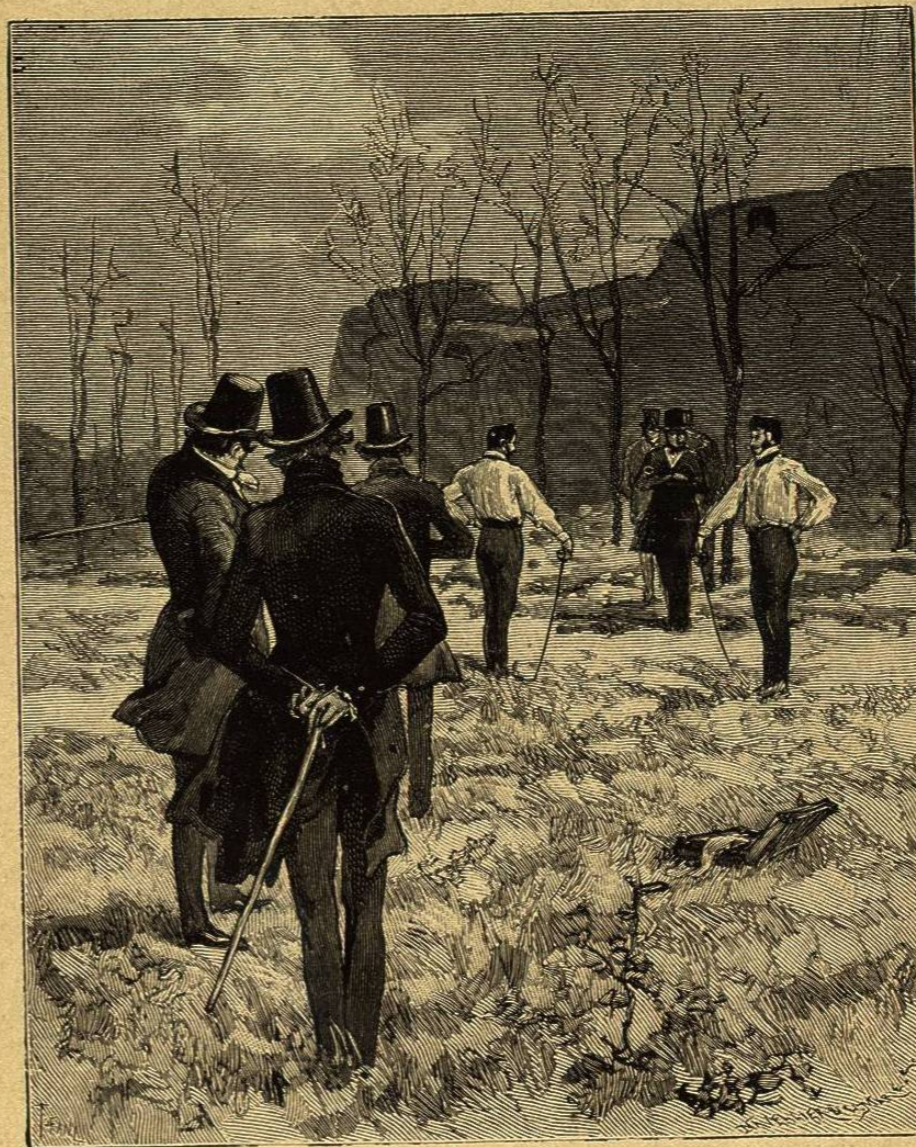
— ¿Retractación de qué?

— ¡Canario! de ese muermo que me atribuía. Por su parte los padrinos del duque decían: nosotros hacemos justicia al pundonoroso carácter de Mr. Carlos Robert, pero el señor duque de Lucenay no puede, ni debe, ni quiere retractarse. ¿Con qué entonces, caballeros, dijeron los míos, el señor duque se empeña en sostener que Mr. Robert tiene muermo? Así es, contestaron los suyos; pero no cree que esto pueda ofender la consideración que se merece Mr. Robert. Pues que se retracte, insistieron los míos. No, señores: contestaron los suyos; el señor duque confiesa que Mr. Robert es un caballero, pero sostiene que tiene muermo. En vista de eso, bien comprenderéis que no había medio de arreglar asunto tan grave.

— En verdad se os había insultado en lo que el hombre tiene de más delicado.

— Bravo. Se fijó el día, la hora y el lugar, ayer mañana en Vincennes: todo ocurrió como entre hombres de honor: yo dí una ligera estocada en el brazo a

duque, y los padrinos declararon que el honor quedaba satisfecho, y entonces el duque dijo en alta voz: Yo nunca me retracto antes de un desafío, pero des-



Todo ocurrió como entre hombres de honor.

pués ya es otra cosa: por lo cual mi deber y mi honor exigen que declare que había acusado falsamente á Mr. Carlos Robert de que tenía muermo. Señores, confieso no sólo que mi leal adversario no tiene muermo sino que afirmo

que no puede tenerlo nunca. Luego el duque me alargó cordialmente la mano, diciéndome : ¿Estáis satisfecho?

— Amigos en la vida y en la muerte, le contesté. Y era justo que se lo dijera, porque el duque ha llevado todo ese negocio perfectamente : podía no haber dicho una palabra de todo eso, ó limitarse á declarar que yo no tenía muermo pero asegurar que no lo tendré, era proceder con excesiva delicadeza.

— Esto es lo que yo llamo valor bien empleado. ¿Pero qué es lo que queréis?

— Trátase, mi querido amigo, de cosa que me importa mucho. Ya sabéis que según nuestros pactos cuando os adelanté 350,000 francos para ayudaros á pagar el estudio, estipulamos que avisándoos con tres meses de anticipación podría retirar esos fondos, cuyos intereses me pagáis.

— ¿Y qué?

— Pues bien, continuó Robert algo embarazado, yo... no... pero... la cosa es que...

— ¿Qué?

— Ya comprendéis, es un capricho; se me ha antojado, mi querido amigo, ser hacendado.

— Explicaos, porque me tenéis impaciente.

— En una palabra, me han propuesto la adquisición de una buena hacienda, y si no os viniese mal, quisiera... es decir, desearia retirar ese dinero, y vengo á avisaros con arreglo á nuestros pactos.

— ¡Ah!

— No os incomodáis por esto, ¿no es verdad?

— ¿Y por qué he de incomodarme?

— Porque pudierais creer...

— ¿Qué podría creer?

— Que soy el eco de ciertos rumores...

— ¿De qué rumores?

— Nada, nada, necedades.

— Hablad de una vez.

— Nada importa lo que se diga de vos...

— ¿Pero qué se dice?

— Ya sé que no hay una palabra de verdad, pero la gente maliciosa asegura que á pesar vuestro os halláis metido en negocios desgraciados... pero esto son habladurias, como cuando dijeron que nosotros hacíamos negocios de bolsa... ese rumor se desvaneció luego y ahora sucederá lo mismo.

— De manera que vos no creéis que vuestro dinero esté seguro en poder mío.

— Nada de eso... pero no me pesaría tenerlo yo.

— Esperad un momento.

Mr. Ferrán cerró el cajón de su mesa, y salió.

— ¿Adónde vais, mi estimado amigo? dijo Mr. Robert.

— Voy á buscar algunos documentos para convenceros de la certidumbre de os rumores que corren acerca del mal estado de mis negocios, dijo irónicamente el notario. Y abriendo la puerta de la escalerilla excusada desapareció; mas apenas hubo salido cuando llamó el jefe de los pasantes.

— Adelante, dijo Robert.

— ¿No está aquí Mr. Ferrán?

— No, acaba de salir.

— Hay una señora que quiere hablarle al momento para un asunto nteresante.

— Volverá pronto, y se lo dire. ¿Y qué tal la señora? ¿Es bonita?

— Es imposible saberlo, porque lleva un velo tan tupido, que no se ve su rostro.

— Bueno, bueno, yo procuraré atisbarla á la salida, y al instante que vuelva Mr. Ferrán le daré el recado.

¿Adonde diablos habrá ido ese hombre? pensó Mr. Robert cuando el pasante hubo salido. Sin duda me quiere enseñar el libro de caja. Si esos rumores son falsos tanto mejor, y puede que no sean otra cosa. ¡Los hombres íntegros tienen tantos envidiosos! pero no importa, bueno es que yo tenga mi dinero : compraré el castillo de que me han hablado, en que hay torrecillas del tiempo de Luis XIV, y eso me dará un aire de señor que me sentará perfectamente. Mejor saldré de ese negocio que de mis amoríos con esa necia madama de Harville ; Y poco que me ha hecho trabajar! ¿y para qué? Esa chanza me cuesta por lo menos mil escudos : es verdad que me quedan los muebles, y que tengo medio de comprometer á la marquesa... aquí está el hombre. Entró Mr. Ferrán trayendo en la mano algunos papeles que puso en las de Mr. Robert. Aquí tenéis, le dijo, 350.000 francos en billetes del tesoro, y dentro de pocos días arreglaremos nuestras cuentas de intereses. Dadme un recibo.

— ¡Cómo! exclamó el otro pasmado : no creáis por esto que...

— No creo nada.

— Pero...

— El recibo.

— Mi querido amigo...

— Poned el recibo, y los que os digan que mis negocios están enredados, contadles el modo como respondo á las sospechas.

— El hecho es que cuando esto se sepa, vuestro crédito quedará más firme que nunca; pero de veras, tomad otra vez este dinero, pues ahora no sé qué hacer de él, supuesto que no le quería hasta de aquí á tres meses.

— Mr. Robert, yo no permito que se sospeche de mí dos veces.

— ¿Estáis incomodado?

— El recibo.

— ¡Canario con el hombre! exclamó Robert, y se puso á extender el recibo. Ahí fuera, añadió, hay una señora tapada que quiere veros al instante, al instante, para un negocio urgente. Aquí está el recibo : ¿os parece bien?

— Perfectamente : ahora salid por esta escalerilla.

— ¿Pero y la señora?

— Es precisamente para que no la veáis.

El notario llamó al pasante y le dijo : Haced entrar á esa señora. Abur Mr. Robert.

— Vamos, es preciso renunciar á verla. No conservéis rencor, amigo mío, y creed que...

— Bueno, bueno, adiós. El notario cerró la puertecilla cuando hubo salido Robert, y á pocos momentos el pasante introdujo á la duquesa de Lucenay, vestida muy modestamente, rebujada en un gran chal y con el rostro enteramente cubierto por un tupido velo de encaje negro, que daba vuelta á su sombrero del mismo color.

## XIX

### LA DUQUESA DE LUCENAY

No sin alguna turbación se adelantó lentamente la duquesa hacia el bufete del notario que fué á recibirla cerca de la puerta,

— ¿Quién sois, señora, y qué queréis? dijo bruscamente Ferrán, cuyo humor bastante alterado ya con las amenazas de Sara, se había exasperado con las enojosas sospechas de Mr. Robert. Por otra parte estaba la duquesa tan humildemente vestida, que el notario no veía razón alguna para dejar de tratarla con su acostumbrada aspereza. Viendo que vacilaba para contestar, repuso : ¿Os explicaréis al fin, señora?

— Caballero, dijo la duquesa con voz alterada y procurando ocultar más y más su rostro con el velo, ¿se os puede confiar un secreto de la mayor importancia?

— Á mí se me puede confiar todo, señora, pero es menester que yo vea y sepa á quién hablo.

— Quizás esto no es necesario, caballero, ya sé que sois el honor y la fidelidad misma.

— Al hecho, señora... Acabemos de una vez, que me están esperando. ¿Quién sois

— Poco debe interesaros mi nombre... Uno de... mis amigos... de mis parientes.. acaba de hablaros.

— ¿Su nombre?

— Mr. Florestán de Saint-Remy.

— ¡Ah! — dijo el notario; y dirigiendo en seguida una mirada penetrante é indagadora á la duquesa, añadió : — ¿Y qué, señora?

— Mr. de Saint-Remy me contó lo que le ha pasado, señor notario.

— ¿Y qué os ha dicho, señora?

— ¡Todo!...

— ¡Pero sepamos lo que os ha dicho.

— ¿Si ya lo sabéis... para qué?...

— Yo sé muchas cosas de Mr. de Saint-Remy...

— ¡Ah! señor, es un caso horrible...

— Sé muchas cosas horribles de Mr. de Saint-Remy...

— ¡Ah! señor, ya me había dicho que erais implacable...

— Sí, soy implacable con los estafadores y falsarios como él. ¿Es pariente vuestro ese Saint-Remy? En vez de confesarlo deberíais avergonzaros de ello. ¿Pensáis ablandarme con lágrimas? es tiempo perdido... y además tened presente que hacéis un papel indigno de una mujer honrada.

Esta insolencia brutal encendió el orgullo de la duquesa. Púsose de pie de repente, echó hacia atrás el velo, y con ademán altivo, voz firme y mirada imperiosa, dijo :

— Soy la duquesa de Lucenay... señor notario...

El ademán y el aspecto de esta mujer tomaron en aquel momento un aire tan imponente y soberano, que el notario retrocedió aturdido y fascinado, quitóse el gorro negro de seda que cubría su cráneo, y saludó profundamente á la duquesa.

En efecto, sería difícil encontrar un semblante y un talle más graciosos y altivos que los de la duquesa de Lucenay; y sin embargo tenía ya entonces treinta años bien cumplidos, su cara parecía pálida y algo fatigada; pero en cambio tenía unos grandes ojos negros llenos de fuego y de vida, un cabello magnífico del mismo color, una nariz fina, y labios rojos y desdenosos, un cutis delicado, una dentadura blanca como el armiño, y un talle alto, esbelto y lleno de nobleza como el de *una diosa en una nube*, según la expresión del inmortal Saint-Simón. Con los polvos y el gran traje del siglo diez y ocho, la de Lucenay podría representar en lo físico y en lo moral una de las duquesas libertinas<sup>(1)</sup> de la Regencia, que tanta audacia y tanta viveza y tan seductora sencillez mezclaban en sus amores, y que con tanta franqueza se acusaban á veces de sus

<sup>1</sup> *Libertinaje* significaba entonces independencia de carácter, despreocupación.